



MARTA ROBLES

Lo que la primavera
hace con los cerezos

Historias de amor y desamor de grandes creadores


ESPASA

MARTA ROBLES

LO QUE LA PRIMAVERA
HACE CON LOS CEREZOS

Historias de amor y desamor de grandes
creadores



© Marta Robles, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de cubierta: Henri de Toulouse-Lautrec, *En la cama: el beso* (1892). Colección privada. Christie's Images / Bridgeman / ACI
Fotografía de la autora: Gonzalo Pérez Mata
De «Pájaro azul», de Charles Bukowski: © Visor de Poesía. Traducción de © Eduardo Moga.
Fragmento de «Josie Bliss» (*Residencia en la tierra*, parte II, 1933). © Pablo Neruda 1933 & 1935 y Fundación Pablo Neruda.
Fragmento de «El amor» (*Canto general*, 1950). © Pablo Neruda 1950 y Fundación Pablo Neruda.

Iconografía: Grupo Planeta

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN:978-84-670-6690-6
Depósito legal:B. 19.130-2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. A.
Impreso en España - *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

PREFACIO	15
1. LOS DONJUANES QUE CREARON EL MITO	19
Tirso de Molina, el observador de la calle y de la burla	21
Zorrilla, un don Juan clásico	23
Mozart y Lorenzo da Ponte, <i>Don Giovanni</i> en música y letra ..	28
Molière y su secreto nunca dilucidado	31
Byron, el donjuán seducido	33
2. LOS ATORMENTADOS. LOS ARTISTAS A LOS QUE MÁS LES DUELE EL AMOR (SI ES QUE A TODO SE LE PUEDE LLAMAR AMOR)	43
Frida Kahlo y Diego Rivera, el amor de una paloma y un elefante	45
Salgari, el capitán mercante que nunca surcó los mares	55
Artemisia Gentileschi y Agostino Tassi, la pintora feminis- ta (antes de que existiera el feminismo) y el violador	65
Jaime Gil de Biedma, solo él, en los límites del bien y del mal y con la carga de sus pasiones inconfesables	70
Piotr Ilich Tchaikovski, el niño de porcelana	73
Mariano José de Larra, el romántico que se reventó la ca- beza	80
Henri de Toulouse-Lautrec, el hombre que pintaba a las otras mujeres	88
Victor Hugo, el padre de Léopoldine	92
Marilyn Monroe, la mujer a la que la belleza robó la felicidad ...	103
Sid Vicious y Nancy, ¿un pacto secreto de suicidio?	114

3.	LOS MÁS NEGROS (LAS NEGRAS PASIONES DE LOS ESCRITORES DE <i>NOIR</i>)	123
	Simenon, el hombre de las diez mil mujeres y los cientos de novelas	124
	Dashiell Hammett y Lillian Hellman, entre la creación y la autodestrucción	134
	Raymond Chandler, el amante de la mujer madura	142
	Patricia Highsmith, la asesina en potencia	148
	Philip K. Dick, el hombre que se preguntaba si los androides soñaban con ovejas eléctricas	157
4.	LOS ASESINOS	171
	Caravaggio, el hombre de las luces y las sombras	172
	Nancy Crampton, cuando la ficción es realidad	177
	Anne Perry, secretos de infancia	182
	William S. Burroughs, el hombre al que un crimen convirtió en escritor	194
5.	HOMOSEXUALES, BISEXUALES Y OTRAS SEXUALIDADES DIVERSAS...	207
	Gertrude Stein y Alice B. Toklas, una pareja clásica	208
	Arthur Rimbaud y Paul Verlaine, la pasión convertida en infierno	212
	Claude Cahun y Marcel Moore, las hermanastras amantes y no binarias	218
	Oscar Wilde y Alfred Douglas, la cloaca que miraba las estrellas	222
	Djuna Barnes y Thelma Wood, cuando el amor es inspiración y condena	229
	Virginia Woolf y Vita Sackville-West, el amor (y la inspiración) entre dos mujeres muy distintas	235
	Francis Bacon, amar, pintar vivir... de manera extrema	246
	Lorca y Dalí, el amor que no pudo ser (y los amores de ambos que sí lo fueron)	252
	Pier Paolo Pasolini, el cineasta preso de su sexualidad	266
6.	LOS MÁS PROMISCUOS	275
	Lope de Vega, quien lo probó lo sabe	277
	Benito Pérez Galdós, el soltero de las letras españolas	283
	Gabriele D'Annunzio, tengo lo que he dado	291

Lucian Freud, el expresionista de la carne y de la piel	302
Ernest Hemingway, el macho promiscuo que a lo mejor no era tan macho	311
Hedy Lamarr, la hipersexuada y demasiado bella ingeniera	316
7. MUJERES FATALES	329
Alma Mahler, ¿una mujer fatal o sensacional?	332
Lou Andreas-Salomé, la coleccionista de genios	339
Colette, la mujer más libre, que contempla el mundo a través de la autoficción	349
Lilia Brik, la musa de la vanguardia rusa	355
8. MANIÁTICOS, FETICHISTAS Y DEPRAVADOS	361
James Joyce y Nora Barnacle, la pareja del 16 de junio	363
Charles Dickens, el mesmerista	369
Lewis Carroll, el amigo de las niñas	378
Berlanga y Buñuel, los recreadores de perversiones	385
9. MISÓGINOS, MALTRATADORES, MACHISTAS Y ¿MALVADOS? ..	391
Francisco de Quevedo, el hombre que solo pudo amar al amor	394
Enrique Jardiel Poncela, el buscador de la mujer perfecta	397
Pablo Neruda, el hombre de las cartas, los versos y una confesión	405
Picasso, la inspiración, si existe, es una mujer	420
Lennon, el pacifista que se arrepentía de sus golpes del pasado	426
Bukowski, el hombre del pájaro azul en el corazón	430
10. LOS MÁS LIBERALES	435
Allen Ginsberg y Peter Orlovsky, un amor tan inexplicable como duradero	436
Simone de Beauvoir y Sartre, los amores esenciales y tangenciales	441
11. TRIÁNGULOS AMOROSOS	453
Henry Miller, Anaïs Nin y June Mansfield, el sexo hecho literatura	454
Paul, Jane y Cherifa, el triángulo que nunca lo fue	458

Los Schumann y Johannes Brahms, no desearás a la mujer de tu protector	460
12. LOS QUE ROBARON EL BRILLO AL OTRO (CASI SIEMPRE A LA OTRA)	465
Robert Capa y Gerda Taro, dos en uno	467
María Lejárraga y Gregorio Martínez Sierra, lo que ella escribe es mío	473
Mary y Percy B. Shelley, un amor prohibido y «monstruoso»	478
13. Y PARA ACABAR, UNA REFLEXIÓN MUY PERSONAL SOBRE GRECIA Y ROMA	483
Atenas, la ciudad de las mujeres ocultas	485
Aspasia de Mileto. La hetaira sabia que inspira el arte de la oratoria (siglo V a. C.)	488
Safo de Lesbos, la mujer que inventa el amor (siglo VI a. C.) ...	490
Friné, el pecho más hermoso (siglo IV a. C.)	492
Campaspe, el regalo de Alejandro Magno a Apeles (siglo IV a. C.)	495
Arquíloco, matar con la palabra (siglo VII a. C.)	496
Roma y los besos delatores	497
Catulo y Lesbia, pasión, despecho y venganza (siglo I a. C.) ...	500
Marcial, el poeta que más criticó a la sociedad romana	501
EPÍLOGO	505
AGRADECIMIENTOS	509
BIBLIOGRAFÍA	511

1

LOS DONJUANES QUE CREARON EL MITO

A las cinco de la tarde, esa hora taurina en la que cae a plomo el sol sobre una Sevilla en abril, donde la primavera parece el verano por las altas temperaturas, la plaza aún está desierta en 2010. Han cambiado muchas cosas desde años atrás, pero una que no imaginaría el poeta es que la cita en el ruedo ya no es a las cinco, sino a las seis. A esa hora no faltará en su lugar Pedro Grandes. Siempre acude. Tiene un abono que le da acceso a los mejores asientos, en barrera, y siempre se deja ver en ellos acompañado, como manda la tradición (su tradición), de una bella dama.

—¡Desearía tanto ir contigo a la Maestranza! —le implora con vehemencia la mujer con la que acaba de compartir la señorial cama de la suite del hotel Alfonso XIII, donde se hospeda cada vez que pisa la capital andaluza.

Pedro Grandes anda colocándose ya los tirantes y ella sigue desnuda sobre el lecho, apenas cubierta con la sábana. Él ni la mira, absorto en su propia imagen en el espejo. Termina de ajustarse los tirantes, se pone la chaqueta, y se peina cuidadosamente, para que no quede ni un pelo fuera de su sitio. Parece un galán antiguo. Tal vez por el bigote. O quizás por la actitud.

—Sabes, amor mío, que eso es imposible. No creo que a tu marido y mi socio le gustara que me acompañaras. Menos aún saber que siempre que vuelvo a mi querida Sevilla me atiendes con tanto esmero en esta misma suite.

—Eso podría acabar, si tú quisieras... podríamos...

—Jamás le fallaría a un amigo, me conoces —corta él.

—Pero sí a mí. O a cualquier mujer. ¿No es eso?

—No se falla a ninguna si se le da cuanto ella quiere mientras está cerca.

—¿Y si lo que quiere ella es estar cerca siempre?

—No se debe demandar lo que no se puede conseguir.

—Entonces tú no deberías «pedir» a las mujeres de otros...

—¿Acaso no las puedo conseguir? —Pedro Grandes clava sus pupilas en las de la mujer con infinita chulería; y a ella, sin poder evitarlo, esa insolencia le hace sentirse aún más atraída hacia él.

—¿Sabes, Pedro —empieza a decir ella con exagerada lentitud—, que esto que hacemos es pecado? ¿Y que iremos al infierno...? Yo estoy dispuesta a abandonarlo todo para estar contigo, a arrepentirme de esta vida clandestina para que lo nuestro pueda ser bendecido por Dios.

—Pero yo, mi querida amiga —replica él con una sonrisa—, prefiero seguir abrasándome en estas llamas tan deliciosas cada poco, a tener que pedirle a Dios que bendiga un destino compartido solo contigo, del que es probable que me aburriera enseguida.

Ella entorna los ojos con desesperada resignación. Ya sabía la respuesta a su propuesta imposible. Él jamás se comprometería ni con ella ni con nadie. Es adicto a la conquista.

—Deberías llamarte Juan en vez de Pedro —añade al fin la dama, con gesto coqueto, tras un largo y elocuente suspiro.

—Don Juan, supongo —contesta él con una sonrisa de satisfacción—. Y tú, sin duda, doña Inés, aunque de novicia tengas poco y no pueda fiar a la pureza de tu amor mi redención...



Pedro Grandes es un donjuán del siglo XXI. La mujer, una de sus víctimas. Y lo peor es que le gusta ser eso: la víctima de un donjuán. Pero ¿quién es don Juan? ¿Cuántos donjuanes hay? ¿Son todos iguales?

Desde la creación del mito por parte de Tirso de Molina, los modelos de donjuán se reproducen a la medida exacta de sus

creadores que, de algún modo, se reflejan en ellos. ¿Cómo no van a querer los artistas parecerse a ese personaje que provoca tantas emociones contrapuestas: amor, odio, admiración, rechazo...? ¿Acaso la creación no busca desatar emociones buenas o malas para constituirse en obra de arte? ¿Qué es la creación sin emoción, sino un fracaso? El gran éxito del donjuán es su distancia de la indiferencia. Los creadores lo saben y por eso quieren modelarlo a su antojo. Y premiarlo, condenarlo, castigarlo o redimirlo, para que conmueva, indigne, escandalice o enterezca a su público. ¿Hay algún personaje que lo consiga en mayor medida que don Juan? Por eso los creadores lo veneran. Anhelan ser como don Juan. Amar como don Juan y que los amores vividos o soñados les inspiren para escribir sus aventuras y desventuras. Porque bien saben ellos que no hay mejor musa que el sentimiento, ni sentimiento que alumbre (u opaque) más el talento que el amor y su contrario, el desamor. El ser humano vive para amar. El artista, además, ama o desama para crear. Y no existe ningún personaje más cercado por el amor y el desamor que el propio don Juan. De ahí su éxito y su trascendencia.

TIRSO DE MOLINA, EL OBSERVADOR DE LA CALLE Y DE LA BURLA

Que el personaje más universal del teatro español, el inspirador de cientos de creadores posteriores y el único con unas características tan precisas como para no poder ser confundido con ningún otro, sea inventado por un cura resulta curioso. Se trata de un personaje dedicado a la conquista, y se supone que los sacerdotes deben vivir sin amor... Poca renuncia parece esa en el tiempo de fray Gabriel Téllez, verdadero nombre de Tirso de Molina, cuando la Iglesia es la dueña de la galaxia de la palabra. Los curas, sobre todo en los tiempos de Tirso, allá por el siglo XVII, eran unos privilegiados a los que se les permitía acercarse a la cultura y bucear en ella, mientras tantos hombres y sobre todo mujeres de todos los estratos de la sociedad, especialmente

los más desfavorecidos, lo tenían prohibido. A cambio, era a ellos a quienes la seducción les estaba vedada. Es cierto que pasados los siglos hemos descubierto que han sido muchos los representantes de la Iglesia que se han saltado las normas y se han entregado a toda suerte de veleidades; pero, al menos, debían disimularlas, ser recatados y seducir en las trastiendas... Y el personaje en cuestión, don Juan, es un seductor ostentoso, al que le gusta más que se celebre su capacidad de seducción y relatarla que la propia seducción. El seductor en el sentido más negativo de la palabra, pese a que luego, por distintas circunstancias y por el machismo imperante a lo largo de los siglos, acabe siendo objeto de alabanza. La seducción de *El burlador de Sevilla*, del propio mito del don Juan, solo pretende el reconocimiento de la propia seducción como fin en sí mismo, en vez de ser la herramienta para lograr sentimientos más altos y de más valor, como el amor.

Si el personaje creado por Tirso está basado en uno real de su tiempo o si el fraile simplemente escucha a la propia calle y saca del imaginario popular a ese depredador sexual que luego convierte en protagonista de su obra, es lo de menos. Lo cierto es que consigue reflejar la esencia de un tipo de hombre que, por desgracia, sigue vigente e incluso, para algunos, es el paradigma de la masculinidad. Una figura literaria que es originariamente española, que hay quien cree que tiene ciertas raíces en el don Galán de la literatura medieval gallega y que puede encontrar ciertas semejanzas en el personaje árabe Imru al-Qays, un poeta del siglo VI. Tirso de Molina lo perfila, cuenta su historia, hilvana en ella la crítica hacia su carácter, la complicidad masculina, el engaño, la burla, la seducción como eje principal de todo el relato y, por supuesto, remata con el castigo divino para no alentar a la emulación de la conducta de su protagonista. Para eso es fraile. Pero no logra su objetivo. El don Juan se queda en las letras y en las conversaciones casi como si fuera un héroe cuyas hazañas se comentan y celebran entre risas y admiración, sobre todo entre los hombres, pero también entre tantas mujeres fascinadas por lo canallesco del personaje.

Fray Gabriel Téllez no puede imitar su comportamiento. Es clérigo. Y, además, lo censura. Distinto es el caso de todos los que, a partir del original, recrean su propia réplica desde una mirada personal. Casi todos tienen (los más destacados, sin ninguna duda) unas conductas amorosas que bien podrían calificarse como donjuanescas.

¿La historia original habría sido la misma de no haber sido cura su autor? Hay que precisar que, de unos cuantos años a esta parte, son muchos los estudiosos que coinciden en señalar que el verdadero autor de *El burlador de Sevilla* es un tal Andrés de Claramonte, actor, director y dramaturgo murciano, a quien se le atribuyen no solo obras de Téllez, sino también de Lope. Otros aseguran que Claramonte escribe una comedia previa, titulada *Tan largo me lo fiáis*, que es en la que se basa la del clérigo. Pero también le han adjudicado la autoría de esta última al mismísimo Calderón. En fin, que el origen del don Juan está por demostrar, porque hasta hay quien le encuentra una procedencia italiana o incluso alemana y quien cree que está inspirado en la vida de Lope de Vega. Hasta que se compruebe, ahí quedan las hipótesis por si alguien quiere investigarlas y entretanto invito al lector a que se centre en el volcán de obras donjuanescas que vieron la luz desde entonces, firmadas por autores, que tenían, en sus propios procederes, mucho de ese personaje infinito y eterno que es don Juan.

ZORRILLA, UN DON JUAN CLÁSICO

Es noche cerrada en Madrid. Hay luna nueva y en el cielo no se distinguen las estrellas. La oscuridad lo ocupa todo. José Zorrilla no puede dormir. Lleva tantas vueltas dadas sobre el colchón, que no sabe cómo no se ha despertado Florentina, su mujer. Supone que los celos la dejan tan agotada que actúan como un somnífero. Los celos. Esos celos de su esposa, la interesante viuda irlandesa, quince años mayor que él, de la que se enamoró hasta el matrimonio y la adopción de su hijo, lo carcomen. No ha sido la

muerte de su hija de un año lo que le ha llevado a aborrecerla, sino esa desconfianza patológica para la que él le ha dado motivos, sí, ha de reconocerlo... pero que no puede soportar. Él es un hombre y los hombres son distintos a las mujeres. Se sabe. No se discute. Y no se puede aguantar a las mujeres que no lo aceptan. José urde en su mente la trama para el abandono que aún no se ha atrevido a perpetrar; y es en el escenario de su recurrente insomnio cuando, de pronto, en vez de hallar respuestas para salir de esa infeliz situación, encuentra el argumento de la que será su mejor y más reconocida pieza teatral: *Don Juan Tenorio*. Es un don Juan distinto a *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina.

En la versión de Zorrilla, el don Juan está orgulloso de su nombre y de su pericia para conseguir seducir a cuantas mujeres se propone. Pretende lograrlo también, apuesta de por medio, con una novicia por profesar. Y lo hace, pero sin que le suponga quemarse en las llamas del infierno como a su antecesor, pese a matar al padre de su amada y a su rival, porque le redime de sus fechorías el amor de esa novicia, su amada Inés. Las mujeres deben amar y perdonar. Y los hombres, conquistar, como él, a cuantas mujeres van pasando por su vida.

En ese trance de escribir su Tenorio, las recuerda a todas y repasa los rostros de todas. Desde el de su prima, la primera mujer de la que se enamoró en un lejanísimo verano, a los de tantas otras jóvenes que ocuparon su pensamiento hasta llegar a su esposa o incluso estando ya con ella. A quien amó también. Cuando la conoció. Ahora la detesta. Por eso, tras salvar de las llamas eternas a su don Juan, tras veintiún días con sus noches de intensa creación, y cosechar el mayor de los éxitos de toda su carrera pasada y futura, no duda en alejarse, por fin, de Florentina Matilde O'Reilly. No sabe que, a partir de ese momento, la abandonada le perseguirá con su ira y sus difamaciones allá donde vaya. Recibe cartas suyas en Londres y luego en París, que hacen que no se le conceda la Legión de Honor. Su sombra, pesada y vengativa, siempre acecha.

Zorrilla regresa a España en 1846, a la muerte de su madre, a la que sigue, en menos de un año, la de su padre. Su progenitor

fallece sin perdonarle el no haber seguido sus consignas de estudiar Derecho, de no haber sido un hombre cabal alejado de la bohemia y de la seducción y de haberse dedicado a las letras que nunca consideró una ocupación honrosa. Y junto a ese sentimiento de culpa, de mal hijo incapaz de hacerle feliz, le deja una considerable colección de deudas. No le preocupan. No piensa pagarlas, ni tampoco permanecer mucho tiempo en su patria, porque allí está Florentina y necesita escapar de ella cuanto antes. Así que regresa a París y corre a los brazos de su amante Leila, que no es otra que la escritora granadina con una vida casi igual de intensa a la suya, llamada en realidad Emilia Serrano (conocida como Baronesa Wilson) y a quien él llama Leila en sus versos, para encubrir su relación secreta. Con ella, a quien descubre en el palco de la ópera del teatro Italiano en París, donde se representa *Rigoletto*, y de la que se enamora perdidamente pese a la gran diferencia de edad (ella tiene catorce años), le es infiel, no a su esposa de quien vive separado, sino a Muriel, otra de las muchas mujeres que pasan por su vida. Ni el amor que siente por una ni el que siente por la otra son tan consistentes como para retenerlo en la Ciudad de la Luz. Tampoco ayuda la oposición familiar, en el caso de Leila, cuyos padres tratan de apartar a la joven del poeta en cuanto descubren el romance. Zorrilla, hartado de tanta presión y de seguir recibiendo correspondencia ofensiva de su esposa, decide alejarse de los problemas parisinos y viaja a México, donde vuelve a encontrar el amor, en esta ocasión junto a una mujer llamada Paz. Sin embargo, ni a tanta distancia de España recupera la serenidad, porque hasta allí llegan también las cartas innumerables y repletas de odio de Florentina. Se traslada entonces a Cuba (donde dedica buena parte de su tiempo al tráfico de esclavos), vuelve a México, escribe, desarrolla otras actividades, vive siempre con bastantes estrecheces pese a cosechar éxitos, ama...; pero, por alguna razón que desconoce, por esa inevitable sensación de exilio, solo desea regresar a su España natal. Y lo hace, por fin, cuando Florentina muere, en 1865, víctima del cólera.

Se vuelve a casar, cuatro años más tarde, con Juana Pacheco, una rubia esplendorosa a la que conoce en el teatro Principal de

Barcelona cuando sube a felicitar al autor de la obra, Luis Pacheco, hermano de la dama. El novio tiene cincuenta y dos años. La novia, con quien viajará a Roma subvencionado por el Gobierno español, solo veinte. El donjuán conquista a su último amor, aunque sea treinta años más joven. Y se lleva a su enamorada a la Ciudad Eterna. Pero la subvención se va reduciendo y cuando su situación pierde holgura, aunque milagrosamente el amor no pierda fuelle, el matrimonio se traslada a Francia y, finalmente, casi sin recursos, regresa a España. Zorrilla ya tiene sesenta años, poca energía y mala salud. Un tumor cerebral acaba en enero de 1893 con la vida del poeta. No son las llamas del infierno del don Juan de Tirso. Es la muerte en la compañía de la joven esposa, cuyo amor (casi de novicia) le redime de sus pecados: de no haber sido como quería su padre, de no haber llevado la vida que este hubiera querido, de haberse entregado a la bohemia y, sobre todo, a la seducción...

La realidad y la ficción se mezclan en la vida de Zorrilla. Él también es un «deleznable» donjuán durante toda su vida. Ese mismo personaje que tantos odian, pero tantos otros admiran y temen y perdonan y consideran y hasta envidian. El conquistador infinito. El que prefiere la conquista al propio amor. Zorrilla es un donjuán que, como casi todos los creadores del mito, va moldeando a este personaje con algo de su personalidad.

Como muestra de ese donjuán que está dentro del propio escritor, algunas de las respuestas que dio a la revista *Blanco y Negro*, de la que fue colaborador, el 9 de enero de 1893, en un cuestionario que se llamaba «Declaraciones íntimas»:

Cualidad que prefiero en la mujer. «La de que no sea mía y no pueda serlo jamás». (El afán de conquistar lo imposible).

Lo que más detesto. «Las mujeres literatas, desde Safo hasta...». (No les consiente a las mujeres que se salgan de su espacio predeterminado, como tampoco lo haría su Tenorio).

Faltas que me inspiran más indulgencia. «Las que se llaman caídas en la mujer porque cometiéndose entre dos, se las achacan a ella sola». (El cinismo de haber llevado al precipicio a varias mujeres

sabiendo de la distinta consideración de sus faltas por parte de la sociedad).

Con Zorrilla, el mito del donjuanismo adquiere peso y carácter. El personaje original de Tirso de Molina, que sin duda existe en el imaginario popular antes de cobrar vida literaria, es una especie de zarpazo al orden establecido. El atrevimiento de romper las normas y hasta la moral, que dejan de tener valor en un pensamiento donde solo importa jugar y disfrutar sin cortapisas. La libertad. O el libertinaje. Pero el burlador de Sevilla acaba siendo castigado por dejarse llevar por sus apetitos. Tal vez su condena se debe a que, fray Gabriel Téllez, pese a sus desmanes con la Iglesia a la que pertenece, que le obliga a retirarse al monasterio de Estercuel, en Aragón, por algunas de sus primeras sátiras y comedias y que, tras la publicación de «profanas comedias» y con la intervención del conde-duque de Olivares, le impone la reclusión en el monasterio de Cuenca, es cura. Su don Juan ha de tener un castigo por jugar con las mujeres y sus sentimientos... Y por ese comportamiento indeseable, penado por la fe a la que representa, acaba ardiendo en las llamas del infierno.

Tirso de Molina, además, cosa extraña, mira con atención y hasta con cariño a las mujeres y las describe como seres que luchan por aquello que aman. Se diría (en ese tiempo no es frecuente) que las admira.

Zorrilla, que más que admiración o cariño por las mujeres siente devoción por seducirlas, como su propio don Juan, decide salvar a su personaje de las llamas del infierno. Redimirlo gracias al amor que siente por él su doña Inés. Y con él, se salva a sí mismo, y salva el mito. O lo transforma y consigue que se confunde con otra cosa. Con algo positivo. Anhelado. Con la esencia de lo que significa ser irresistible. Tanto, como para lograr cualquier tipo de amor, hasta el más prohibido: el de una monja.

¿Cómo son los otros donjuanes, los otros seductores de diferentes creadores que también sintieron la llamada del personaje en su obra y en su vida?

**MOZART Y LORENZO DA PONTE, *DON GIOVANNI*
EN MÚSICA Y LETRA**

Un siglo antes que Zorrilla, Mozart también se confunde con el personaje creado por Tirso de Molina, que en algunos aspectos coincide con su personalidad. O tal vez es más Lorenzo da Ponte, el libretista de su *Don Giovanni*, quien encaja con el personaje, mientras que Mozart, un ser distinto y genial, tiene una extraña relación con la pasión y no se sabe si también con la obsesión por la conquista, porque hay versiones para todos los gustos.

Ha pasado más de un siglo desde la muerte de fray Gabriel Téllez, pero su obra y sobre todo su burlador de Sevilla están más vivos que nunca y su influencia ya recorre Europa. Tanto como para llegar hasta a las óperas de Mozart.

Wolfgang Amadeus Mozart es un genio. Desde niño. Nadie puede decir lo contrario. Pero esa gracia poco o nada tiene que ver con su atractivo personal. Es un hombre pequeño, con la cara marcada por las cicatrices de la viruela y demasiado amante de los chistes vulgares, que muchos de su entorno son incapaces de comprender. Pero eso no evita que tenga los ojos y el corazón abiertos a la música y también al juego amoroso.

Cuando con veinte años llega a Augsburgo, se entusiasma tanto con su prima María Anna Thekla Mozart, que no cesa de enviarle cartas repletas de bromas de mal gusto. Puede que sea amor, pero parece más una especie de lujuria escatológica y amistosa, que se extiende a lo largo de siete misivas, en las que se pretende la seducción sexual a través de metáforas fecales («Te sellaré en las nalgas mi membrete»; «Te pagaré cuanto te debo sin descuidar ni un pelo y soltaré —y que resuene— un señor pedo (y quizá también algo sólido)»). Algunos dicen que su obsesión por el culo y cuanto salía por él, así como otras cuestiones exageradamente soeces, reiteradas en su conversación, además de en las cartas a su prima, tienen que ver con el llamado síndrome de Tourette, que cursa como una afectación nerviosa caracterizada por incoordinación motriz, y que presenta numerosos tics, aparte de ecolalia, coprolalia, conducta obscena y muy di-

versas manifestaciones de desorden neurológico. Pero tal síndrome se descubre cien años después de la muerte del genio, así que es difícil asegurar que lo sufriera. Lo que es irrefutable es que tiene una pésima salud desde niño, y que padece desde faringoamigdalitis hasta artrosis antes de caer enfermo de viruela, después de unas fiebres tifoideas e incluso es posible que más tarde pase una hepatitis, mientras sufre severos dolores en la región lumbar, serías molestias dentarias y finalmente, antes de morir, fiebre, edema, vómitos, aumento del volumen abdominal, cefalea y fetidez corporal.

Teniendo en cuenta su estado físico en cualquier momento de su vida, es posible que, si no padece ese trastorno que posteriormente se denomina síndrome de Tourette, sencillamente quiera tomarse con humor la broma pesada que le juega la vida, afectándole con tantas enfermedades. Ninguno de esos males, sin embargo, le roba un ápice de contundencia a su conspicua genialidad y tampoco a sus ganas de jugar al amor. Para empezar, con su prima, con quien tiene su primera experiencia sexual, aparte de una enorme y escatológica complicidad respecto a los más sucios de los juegos, según se deriva del contenido de esas cochinas cartas que le envía.

Después de este amor, se le atribuyen unos cuantos más relacionados con muchos nombres femeninos: Lisel Cannabich, Aloysia Wever y la baronesa von Waldstätten. E incluso hay quien aventura que tras casarse con Constanze Weber sigue cortejando a otras muchas mujeres como las cantantes Nancy Stora-ce, Barbara Gerl, Anna Gottlieb y Josepha Durschek, su alumna Theresia von Trattner y María Magdalena Pokorný Hofdemel (a quien, tras su muerte, se rumorea que ha dejado embarazada); pero no hay constancia suficiente de ninguna de sus supuestas infidelidades.

Sobre Mozart se ha conjeturado mucho. Se ha escrito que tiene un hijo secreto con su prima, que a quien más ama es a su esposa, Constanze, pero que ella es muy casquivana y hasta se deja «medir las piernas en público» y que Mozart le recrimina que una mujer decente no debe comportarse ante todos como

una «cualquiera». E incluso se ha dicho que es Constanze quien tiene diversas relaciones paralelas en su matrimonio, incluida una, justo antes de morir su esposo, con un tal Franz Xaver Süssmayr, con quien se encontraba en un balneario disfrutando, pero no precisamente de las saludables aguas del establecimiento...

Especular es fácil, pero la única realidad incontestable es que las mujeres son cruciales en la existencia de Mozart. La figura de su madre es (aunque no tanto como la de su padre) imprescindible en la vida del artista; y también la de su hermana mayor Nannerl, con un enorme talento musical, eclipsado por la genialidad apabullante de su hermano y por el hecho de ser mujer. Pero no son las únicas mujeres que influyen en su vida y en su obra.

Su primera relación con su prima es tan determinante como lo es el primer intento fallido de seducción a Aloysia Weber, la hermana mayor de la que más tarde será su esposa. Aloysia es una cantante que no quiere comprometerse con un artista sin el porvenir resuelto, a quien Mozart, después de pretender apasionadamente y de amar sin ser correspondido, aborrece hasta el insulto.

Se casa con Constanze Weber, sin que quede clara la naturaleza de sus relaciones con las damas antes citadas, previas a su matrimonio, y tampoco la de cuántas sostiene después de casarse. Sí existe certidumbre, en cambio, gracias a la correspondencia, respecto a los sentimientos de su padre, Leopold, hacia la mujer que elige como esposa: la detesta. Y es ese odio el que obliga a la pareja a casarse casi en soledad. Su progenitor considera a la pequeña de las Weber una mujer vulgar, caprichosa y manipuladora, que consigue enredar a Mozart en un matrimonio que el músico no desea, o al menos no tanto como ella. Si uno u otra fueron infieles o no, no se sabrá con certeza jamás. Sí está probado que ella se ausenta del lado del músico en diversas ocasiones por motivos de salud, que él se preocupa por su bienestar y manifiesta sus celos en diversas cartas y que ella no es muy buena ama de casa ni tampoco muy buena administradora, pero sí el principal apoyo del músico hasta su muerte. El mismo músico magnífico al que se adjudican innumerables conquistas que nunca llegan a demostrarse, pero del que resulta innegable su interés por la se-

ducción femenina, cuyo reflejo se recoge en una de sus más exitosas óperas, *Don Giovanni*. Una ópera de reconocimiento instantáneo gracias a la música inconmensurable del propio Mozart, y también a la letra escrita por Lorenzo da Ponte, que tanto divierte al propio genio y a la sociedad del momento.

El libretista, sacerdote y mujeriego, trabaja en tres óperas con Mozart: *Le nozze di Figaro*, *Così fan tutte* y *Don Giovanni*. Pero esta última es la más aplaudida en su tiempo. La ópera de la libertad. ¿De qué tipo de libertad? Amorosa y sexual, naturalmente. Y siempre masculina, desde luego.

El libertino castigado o don Juan (*Il dissoluto punito, ossia il don Giovanni*) basado, como se deduce del propio título, en el magnético personaje de *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, creado por Tirso de Molina, es un drama en toda regla, pero estructurado en dos actos y con un tono jocoso, donde el protagonista va sumando mujeres y mujeres a la lista de seducidas. No hace falta repasar la vida de Da Ponte para darse cuenta de que el libretista no se acuesta con más de dos mil mujeres como su don Giovanni, a medias con el gran Mozart, pero tampoco queda duda de que lleva una vida de conquistador (sin castigo final), que parece querer emular la del propio don Juan Tenorio. ¿Qué tendrá el personaje de don Juan que sus creadores y recreadores no pueden evitar querer imitarlo, reproducirlo, asumirlo y, en definitiva, ser como él?

MOLIÈRE Y SU SECRETO NUNCA DILUCIDADO

Mucho antes de que Mozart nazca, el padre de la Comédie-Française, Jean-Baptiste Poquelin, alias Molière, estrena una obra teatral basada en el personaje de Tirso de Molina. Pero lejos de proporcionarle un gran éxito, pese a su calidad, le cuesta no pocos disgustos.

El hijo del tapicero real de Luis XIII (oficio que el propio escritor desempeña durante algún tiempo) tarda en conseguir el reconocimiento que merece porque su especialidad es criticar a

la sociedad y de manera muy especial a la religión. De hecho, los representantes de la Iglesia tienen en tan poca estima al escritor, dramaturgo y actor, que a su muerte tratan de impedir que sea enterrado en suelo sagrado, por no haber podido recibir la extremaunción y arrepentirse de su condición de cómico. Finalmente, descansa en el cementerio, gracias a la súplica de su esposa y a la intervención del rey; pero a punto está de quedarse fuera del territorio reservado para los buenos fieles. Eso será unos años después. Años antes, cuando escribe *Don Juan o el festín de Pierre*, basado en *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina (no se sabe si en tan solo veintiún días, como también Zorrilla con su *Don Juan*, pero sí que tardó muy poco tiempo), se desatan las tempestades de los críticos y de los beatos, que ya venían escandalizados de su *Tartufo*. Si esa obra, en la que él mismo aparece vestido de cura y con cilicio para denunciar la hipocresía religiosa, suscita las iras de los gerifaltes eclesiásticos y de los fieles más radicales y obliga al rey a prohibir su representación durante cinco años, su *Don Juan* no levanta menos polvareda. Tanta como para no llegar a las quince representaciones.

Molière nunca deja indiferente a la sociedad. Todas sus obras son un dardo preciso en la diana de las flaquezas y las miserias. Empezando por esa valiente *La escuela de las mujeres* (*L'école des femmes*), en la que aborda un tema de escasa actualidad entonces que certifica su talento indiscutible. El éxito es inmediato y arrollador, pero los más devotos y sobre todo su sociedad secreta, la Compañía del Santo Sacramento, que consideran a Molière un libertino y un descreído, declaran obscena e irreverente la obra. Y es ahí cuando comienza a correr un bulo sobre su vida privada que nunca se ha certificado si es real o pura falsedad: que su mujer Armande Béjart es, además, su hija. Años atrás, él conoce a su presunta hermana mayor, Madeleine Béjart, una actriz muy famosa en todo París, con quien forma compañía. A la muerte de Madeleine, Molière, deseoso de formar una familia, le pide matrimonio a su hermana Armande, con la que tiene cuatro hijos, aunque tres mueren pocos meses después de su nacimiento. Pero ni los nacimientos ni las muertes de los

pequeños acallan las voces que reiteran una y otra vez que Armande no es la hermana de Madeleine, sino su hija, y también del propio Molière. El autor lo niega y muestra su amor rotundo hacia su esposa, aunque esta entable relaciones extramatrimoniales.

La pareja acaba separándose y el autor, enfermo, se retira a Auteuil donde se cuenta que mantiene relaciones en los últimos años de su vida con un tal Michel Baron, un actor de diecisiete años. Muere en 1673, a los cincuenta y un años, dejando una prolífica y gloriosa producción, en la que destaca su *Don Juan*, considerado por algunos su pieza maestra. Una obra con los mimbres de la crítica feroz a la sociedad, que tan bien utiliza Molière, protagonizada por ese personaje tan ambiguo, que poco a poco se va convirtiendo en un héroe pese a sus hechuras de villano.

A su muerte, Molière rescata del personaje su cinismo característico y lo deja prendido a la lápida de su tumba en su epitafio: «Aquí yace Molière, el rey de los actores. En estos momentos hace el muerto y de verdad que lo hace bien».

BYRON, EL DONJUÁN SEDUCIDO

La mañana se ha levantado fría y neblinosa. La laguna tiene una apariencia casi sobrenatural, pero Byron ni repara en ello. Ha pasado una noche muy intensa. Demasiado alcohol, demasiado opio, demasiado sexo. Necesita alejarse de los monstruos de la oscuridad. Permitir a la luz del día iluminar su cerebro y al gélido viento de Venecia arrastrar sus recuerdos indeseados. Como cada jornada, su remedio contra la obscenidad diaria no es otro que sentarse a los mandos de su góndola y remar hasta ese paraíso de la isla de San Lazzaro degli Armeni. Son algo más de trece kilómetros los que ha de recorrer para acceder a esa tierra prometida de sabiduría. Siempre llega a los muelles tras cruzar el puente de los Suspiros, que comunica los antiguos tribunales del palazzo Ducale con las prisiones venecianas. Y una vez sobre su góndola, olvida las quejas de los reos confinados a perpetuidad o condena-

dos a muerte, que inundan la pasarela mientras los pobres desgraciados se despiden de la laguna veneciana. Él va a un lugar sanador. La isla de San Lazzaro degli Armeni. Una pequeña belleza boscosa y monástica donde los monjes armenios despliegan toda su cultura y conocimiento en una biblioteca, en la que Byron se redime de todas sus fechorías amorosas y sobre todo sexuales. Su amistad con los mekhitaristas es esencial para curarle las heridas del alma, porque intentar aprender el armenio y tratar de publicar una gramática del armenio al inglés es una tarea tan complicada, que requiere toda su atención y le obliga a alejarse de la frivolidad cotidiana y a empararse de intelectualidad. Esos monjes amigos, a los que tanto aprecia, no solo le reservan una habitación para que pueda trabajar en ella a su gusto, sino que le obsequian con un regalo que valora como el tesoro que es: su famosa mermelada de pétalos de rosa, delicadísima y única, que entusiasma al poeta. Byron completa sus horas de estudio con más ejercicio y, al atardecer, suele nadar hasta la cercana isla del Lido, que se encuentra a poco más de un kilómetro. Así se mantiene en plena forma de cuerpo y de alma. Y lo necesita de veras porque su actividad, tanto física como mental, es frenética. Byron seduce, pero, además, piensa, estudia, crea...

Difícil saber cómo dispone de tiempo para todo, si se atiende a su propia leyenda, que cuenta que, tras abandonar su Inglaterra natal, Byron tiene más de doscientas cincuenta relaciones con las correspondientes mujeres. Y parece que hay incluso una prueba de ello, que es la recopilación que hace el poeta de muestras del vello púbico de cada una. Esa pubefilia está tan extendida entre el género masculino que existe un mercado de compraventa de las colecciones que, como Byron, atesoran con primoroso cuidado numerosos fetichistas.

Lord Byron, el hombre que ama a mujeres incontables y al que también se le conocen relaciones con jóvenes de todos los sexos en sus viajes por Oriente, al final de su vida, tal vez recordando la Grecia clásica, cuenta con una historia personal que tiene mucho que ver con su obsesión por el sexo. O tal vez con la necesidad de multiplicar sus relaciones sexuales —que comien-

zan muy pronto, cuando él es tan solo un niño—, para agrandar su autoestima.

George Gordon Byron tiene tan solo nueve años cuando Mary Gray, su institutriz, fanática seguidora del calvinismo y devota religiosa, que le enseña la lectura a través de los pasajes bíblicos, lo inicia en las artes amatorias. Con ella, y a tan temprana edad, pierde la virginidad. Y desde ese encuentro sexual, seguramente determinante, el poeta sostiene innumerables relaciones carnales sobre todo con mujeres, pero también con hombres, que según muchos de sus biógrafos exceden las trescientas.

Sus amantes son todas distintas y ni siquiera comparten clase social o poderío económico. Byron practica sexo con prostitutas, tras abandonar la Universidad de Cambridge a los dieciocho años, y hasta se rumorea que alguna de ellas lo mantiene. También se relaciona sexualmente con actrices, con escritoras o incluso con damas de la alta sociedad como la célebre condesa Teresa Gamba Guiccioli, a quien conoce en Venecia, y con quien mantiene la relación hasta que, en sus últimos años de vida, decide viajar a Grecia para combatir por la idea romántica de su independencia. Un romance más largo de lo habitual del que, tras la muerte del poeta, alardea el segundo marido de la dama, casada con anterioridad, cuando conoce a Byron, con un anciano diplomático. Lord Byron es una celebridad hasta después de muerto, pero no solo como escritor, sino también como amante. Y parece que el marido considera un mérito que su esposa haya sido amada por él. Una más, en todo caso, entre tanto sexo de todo tipo, que Byron prueba en todas sus versiones, incluidas las orgías.

Es en Italia, tras dejar su Inglaterra natal, donde más rienda suelta da a sus perversiones, si es que lo eran. O, al menos, a sus incontenibles ganas de dejarse seducir por cada una de las damas que aparece en su camino.

En todo caso, abandonar Inglaterra no es un deseo sino una necesidad después de protagonizar, precisamente, su más escandaloso episodio amoroso: la relación sentimental y sexual con su hermana de padre, Augusta Leigh, cinco años mayor que él, de la que nace una niña bautizada como Elizabeth Medora.

Por entonces ya conoce a su futura mujer, Annabella Milbanke. Con ella se casa al año de nacer Elizabeth Medora, y es a ella a quien le asegura, la propia noche de bodas que «te arrepentirás de haberte casado con el diablo». Durante su luna de miel, al escuchar las campanas tocar por un fallecido añade a la sentencia pronunciada en la consumación de su matrimonio otra nada tranquilizadora: «Seguro que esas campanas tocan por nosotros». La realidad es que a Annabella lo que le resulta tan estremecedor como insoportable es que su marido y padre de su hija Augusta Ada, que más tarde se convertirá en una genial matemática, le sea constantemente infiel. Y no solo con su medio hermana, sino con muchas otras mujeres y, al parecer, también con hombres.

Son tantos los rumores que se extienden por toda Inglaterra que Byron se ve obligado a marcharse de su país de origen. Es entonces, en 1816, cuando comienza una serie de viajes por Europa, que seguirá realizando hasta su muerte.

Hasta ese momento, Byron ha vivido un extraña relación con su madre. Lady Catherine Gordon, segunda esposa de su padre, el capitán John Byron —Mad Jack—, que ha de criarlo sola tras la muerte del progenitor, cuando el pequeño cuenta apenas tres años, es una mujer peculiar. De su padre, Byron hijo solo hereda deudas y ese gusto por las relaciones extramatrimoniales; de su madre, su cariño y su dulzura, pero también su espantoso temperamento.

El poeta la quiere. Y la aborrece. La culpa de un defecto físico, que jamás deja de acomplejarlo y que trata de paliar con ejercicio y disciplina de movimientos.

Nace zambo, con una deformidad en el pie derecho. Y lo achaca al rechazo de su madre a recibir asistencia médica en el parto. Cuando nace, su padre piensa al verlo que jamás llegará a andar, pero el niño, que calza un zapato ortopédico durante toda su infancia, casi corre más que anda y desarrolla una particular forma de caminar, a saltitos, que, con el tiempo, hasta le proporciona un atractivo mayor. De crío ha de soportar burlas por su cojera, hasta de su propia madre, que le llama «cojo bribón» o «pequeño diablo». Él no se calla. Responde dirigiéndose a ella

como «vieja» o «viuda»; pero tal intercambio de sutilezas no influye en esa relación de amor/odio que sostienen. Ni siquiera le molesta. Bien distinto es el dolor que le provoca el rechazo de su prima Mary Duff, su primer amor, por ser «demasiado joven para ella» pero, sobre todo porque «nunca podría estar con un cojo».

Esa primera decepción amorosa, siendo apenas un niño, es la que le incita a escribir sus primeras composiciones. Aunque quizás es otra tragedia amorosa, la muerte de su prima Margaret Parker, de la que también se enamora, la que más le empuja a las cuartillas en blanco. Para llenarlas de maravillas, el joven Byron necesita observar un mundo por el que viaja, tal vez buscando esa inspiración que siempre acaba encontrando en las mujeres. O, mejor dicho, en el amor. Bien, quizás en el sexo...

Recorre España, Portugal, Albania, Malta y Grecia (donde cruza el Helesponto a nado), y en todos los lugares va descubriendo los placeres de la carne con hombres y mujeres.

Su mirada curiosa y casi feliz se detiene en el caos y el desconcierto del vacío, al morir su madre y dos de sus mejores amigos. Es ahí cuando se refugia en el amor de su medio hermana, que acaba siendo algo más que amor fraternal y que combina con diversas aventuras, como la sonada con una aristócrata algo perturbada, lady Caroline Lamb, a la que termina odiando. Todo esto sucede antes de su matrimonio. Cuando este concluye por el escándalo de la infidelidad y el incesto que siguen siendo una constante en su vida de casado, abandona Inglaterra para no volver.

Viaja primero a Suiza, donde convive con Percy y Mary Shelley y desarrolla un romance con la hermanastra de esta, Claire Clairmont, con quien procrea una hija ilegítima llamada Allegra. La relación no resulta satisfactoria para ninguno de los dos, porque mientras ella asegura que «me dio unos pocos minutos de placer y una vida entera de problemas», él la insulta sin piedad: «Lady Clairmont es una condenada ramera». Junto a ellos se encuentra también su médico personal John William Polidori. Todos ellos son los protagonistas de esa tormentosa

noche de verano en Villa Diodati, en la que germinan relatos de terror extraordinarios, inspirados en las personalidades de cada uno, y de la que emergen dos figuras míticas de la literatura: el *Frankenstein*, de Mary Shelley, y *El vampiro*, de Polidori.

El fracaso del romance con Claire no afecta a la amistad de Byron con los Shelley, tan estrecha como para que Percy muera en el barco en el que viaja de Pisa a Livorno, donde ha pactado un encuentro con su amigo, que ya está en Italia. Desea poner a prueba su recién construido velero, curiosamente llamado *Don Juan*, mientras otro poeta de la época, Edward John Trelawny, decide acompañarle en la navegación desde otro barco, el *Bolívar*, propiedad del propio Byron. Shelley no solo no es un gran navegante, sino que apenas sabe nadar, así que agradece navegar al lado de Trelawny; sin embargo, por problemas de aduana, tiene que salir al mar antes de que lo haga su amigo, que ha de permanecer en el *Bolívar* esperando los permisos, mientras, preocupado, ve partir al *Don Juan* y a otras dos pequeñas barcas que siguen su estela. Horas más tarde, una fuerte tormenta desata sus iras y engulle el bajel de Shelley, que desaparece. Las otras dos embarcaciones vuelven a puerto, pero sus tripulantes dicen no saber nada de lo ocurrido. A los pocos días, aparece el cuerpo de Shelley. Ha muerto ahogado. ¿Volcó el barco? ¿Percy cayó al mar y se ahogó? Trelawny no se lo cree y según él, al examinar el *Don Juan*, encuentra un fuerte golpe en el casco que podría haber sido provocado por el impacto de otra embarcación. Mantiene que el barco de su amigo y colega ha sido atacado por los otros dos..., pero nadie le cree. Casi cuarenta años después, uno de los marineros, en un arrebato, confiesa la fechoría y la justifica diciendo que quien pensaban que viajaba en el *Don Juan* era Lord Byron, conocido por llevar siempre una gran suma de dinero y que al abordar el barco provocaron su hundimiento. Pese a la declaración del marinero, la primera versión de la trágica muerte de Shelley en un accidente se acepta como verdadera y la de Trelawny, que curiosamente será quien años más tarde se encargue del cadáver de Lord Byron tras su muerte durante la Revolución griega, queda en el olvido.

El episodio de la muerte de Shelley consterna a Byron. Pero la vida sigue y él continúa su viaje interminable y sus conquistas infinitas, que no le impiden, sino todo lo contrario, acrecentar su producción literaria. En Italia, donde sigue escribiendo, tiene aún más éxito en el amor que en Inglaterra. Sus aventuras son cada vez más numerosas, indecorosas y adúlteras. Entre ellas destaca la compartida con Margarita Cogni, en el palacio Mocenigo de Venecia, donde vive el poeta, que acaba convertido en una especie de harén, siempre repleto de mujeres y placeres. También en Venecia, Byron acaba siendo el cicisbeo de la condesa Guiccioli, a la que seguirá a diversos lugares del país.

Por entonces comienza a escribir su mítico *Don Juan*. Llega después de *El corsario*, ese poema autobiográfico que narra las aventuras de Conrad, un filibustero rechazado por la sociedad por su comportamiento escandaloso, pero nunca por las mujeres, con el que cosecha un éxito extraordinario de ventas y de adaptaciones.

Su *Don Juan*, en cambio, desde los primeros versos, provoca, cómo no, infinitas críticas. Sobre todo, porque el cambio del personaje es radical. Ya no es el burlador de Tirso ni el recolector de conquistas de Da Ponte, o el seductor implacable de Molière. Es casi una damisela en apuros. No es un varón que ame físicamente a las mujeres sin pensar en las consecuencias para ellas, sino un inocente hombre al que seducen las damas con grandísima facilidad. El protagonista de este poema satírico no es heroico ni valiente, al contrario: es de una ingenuidad casi hilarante.

¿Su don Juan es como él? ¿Él, sencillamente, no puede evitar dejarse amar por las damas que se encuentra a cada paso? El poema desata las iras sociales a través de un contenido considerado inmoral..., pero eso no evita su popularidad. Se sigue su desarrollo, según Byron lo va escribiendo. Y se espera cada nueva entrega con interés e inquietud por el final. Pero no lo acaba. El último verso, queda inconcluso.

Él está en Grecia, en Missolonghi. En ese viaje final al que le conduce la lucha del pueblo griego que busca liberarse del yugo del imperio otomano. Tal vez ese incomprensible arranque de

romanticismo sea lo que provoca el deterioro de su cuerpo, demasiado sometido al alcohol y otros excesos. Quizá Byron desea buscar un modo más digno de acabar, una muerte menos vacía de contenido y con algún sentido.

Batallas, epilepsia, un feroz resfriado tratado con una sangría, que lo agrava, y una sepsis ponen fin a una vida llena de ideales y turbulencias, que el poeta necesitaba para vivir. «A menudo intento arrepentirme de las cosas que he hecho, pero siempre me duelen más las que he dejado de hacer», confiesa en los días previos a su muerte.

Tantos episodios alejados de la moral convencional trascienden antes de su enterramiento, que no se permite que se lleve a cabo en la abadía de Westminster. Ha de pasar tiempo para que allí, en el llamado «Rincón de los poetas» quede un vestigio del paso de Byron por el mundo. Y tan solo es una placa con su nombre. Su cuerpo, tras ser embalsamado, según el mito, con coñac, y trasladado a Inglaterra en una cuba de tan preciado licor al no encontrarse un ataúd resistente para el viaje, acaba siendo sepultado en la iglesia de Santa María Magdalena, en Hucknall, Nottinghamshire, al lado de su madre. Pero mientras ella se pudre como todos los muertos, Byron, como se comprueba años más tarde cuando se abre su tumba, mantiene su bello rostro perfectamente conservado, gracias, posiblemente, a ese mismo alcohol con el que tantas veces se emborrachó en vida.

Nunca se llega a determinar hasta qué punto es real o no esa inmoralidad suya tan cantada, gritada, alabada y denostada por tantos, porque su albacea literario, Thomas Moore, quema buena parte de sus diarios. El también poeta irlandés, decide reproducir solo algunos extractos de los mismos (los que se le antoja conservar), en la biografía que publica años más tarde de la muerte de su colega y amigo. Pero hay circunstancias innegables en su biografía que dejan constancia de su importancia más allá de su moralidad, inmoralidad o amoralidad. Por ejemplo, que es el primer artista pop, un icono romántico cuya influencia perdura en el tiempo y en el arte hasta la Generación Beat y alcanza a nuestros días; que su amor por los animales excede incluso al que siente

por las personas que, según el aristócrata, se repiten: «He encontrado en mis viajes al mismo hombre —y a la misma mujer—»; y que su insolencia, cinismo y descaro son inmensos, pero que también están regados de esa misma candidez que atribuye a su tan distinto don Juan, que quizás fuera su mejor y más verdadero retrato. Conocer la vida amorosa y pasional de Byron (con toda la leyenda que la rodea) es una sorpresa. Leer su obra, tan única y moderna, un placer que confirma que su vida fue una completa aventura.